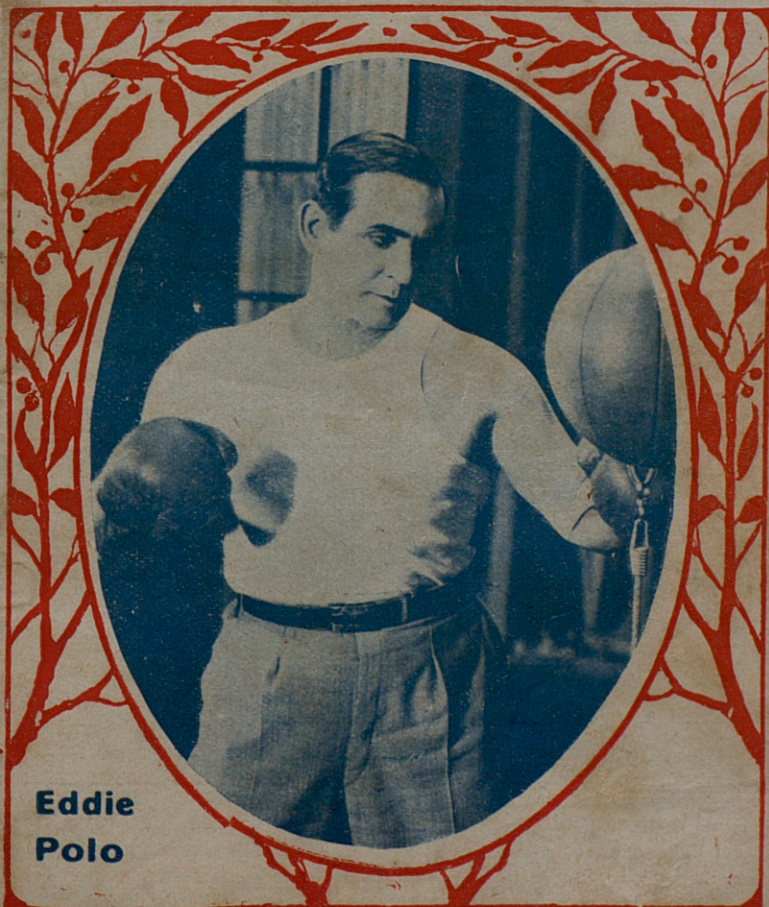


Biblioteca-Films

NÚM.
400

UN RASGO GENEROSO

25
CTS.



Eddie
Polo

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería, Barbrá, 16

B A R C E L O N A

AÑO VII

APARECE LOS MARTES

Núm. 400

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

■ ■ EDDY POLO IM WESPENNEST ■ ■

Un rasgo generoso

1928

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el formidable atleta de la pantalla

EDDY POLO

Programa ARAJOL

Aragón, 255

Barcelona

REPARTO:

Eddy Polo EDDY POLO
Magdalena de Greiz GRIT HAIT

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

COLECCION VD. LAS NOVELAS DE GRAN ÉXITO DE ASUNTOS RUSOS

Biblioteca Films a 25 céntimos

LOS ULTIMOS ZARES, Bartolomé Pagano
(Maciste).

EL DIABLO BLANCO, Ivan Mosjousquine.

EL SARGENTO GRISCHA, Chester Morris.

Films de Amor a 25 céntimos

AMOR DE PRINCESA, Pola Negri.

EL PRESIDENTE, Ivan Mosjousquine.

EL CRIMEN DE VERA MIRTZEVA, Ma-
ria Jacobini.

SIN ESCUDO NI BLASON, Billie Dove.

A LAS ORDENES DE SU ALTEZA, Ivan
Petrovich.

VALS DE AMOR, Willy Fristch.

CORAZONES EN EL DESIERTO, Dolores
Costello.

LA SORTIJA IMPERIAL, Ivan Petrovich.

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

En las calles tenebrosas de una gran capi-
tal, donde el crimen tiene su lóbrego asilo,
se desarrollan los interesantes episodios de
nuestra narración. Calles torcidas, estrechas,
llenas de rincones donde cayeron las vícti-
mas de la traición y de la maldad, apuñala-
das sin piedad. Celos que cuajaron en sangre,
mujeres que sucumbieron al bárbaro capri-
cho de un castigador cruel y exigente en de-
masía...

La vida es pródiga en contrastes que con-
tienen una máxima dosis de ironía. Por este
motivo, junto al asilo del crimen y la mal-
dad, vivía su vida de inocencia y candor una
tierna criatura a la que nada decían las es-
cenas que a diario presenciaba a su alrededor.
Era ésta Nelly, hermana del terrible Charles,
un matón que tenía en su haber buen nú-
mero de asesinatos originados por las pen-

dencias que a diario tenían lugar en el barrio del amor mercenario.

Aquella hermosa mañana, nuestro héroe Eddy Polo, detective por afición y alma generosa, dispuesta siempre a salir en defensa de las causas justas, poniendo en juego la fuerza de sus puños, había tenido el capricho de dar un paseo por los barrios bajos.

Nelly hallábase abstraída en la lectura de su folletín predilecto "Las aventuras de Satubal". Después de haber leído uno de los capítulos que presentaban al héroe en un grave apuro, levantó la vista y exclamó para sí misma:

—¡Ay! quiera Dios que nada le ocurra a Satubal... bien es verdad que ha pisado un cable de alta tensión y que se halla al borde de un abismo de 300 metros de profundidad, pero él es muy valiente y astuto...

Al levantar la vista de la lectura se encontró Nelly con que a pocos pasos de ella la estaba contemplando Max, el tatuado individuo de pésimos antecedentes, que tenía por campo de acción la "Taberna de la Urraca Bizca", donde también se hallaba muy a menudo el hermano de la joven aficionada a las aventuras truculentas.

—No te inquietes — díjole éste —; el héroe de tu novela saldrá sano y salvo de ésta, pues debe vivir hasta el último capítulo, y aún has de comprar muchos...

La joven le miró con desprecio y Max insistió:

—¿Qué obtendré como recompensa si me molesto en ofrecerte el próximo capítulo?

La joven no le contestó y en aquel momento se presentó otro de los habituales concurrentes a la taberna, que dirigiéndose a Max le dijo:

—Deja en paz a Nelly, que si su hermano sabe que la molestas, vas a necesitar una inmediata reparación en el físico...

Llamábase el que tales palabras había pronunciado, Pablo y era uno de esos individuos que con la cara solamente pagaban muchas facturas, ya que nadie se atreve a cobrarlas.

Max hízole caso y los dos hombres se alejaron, desapareciendo en una de las innumerables enrucijadas del barrio maleante. Al hallarse nuevamente sola, Nelly tiró de folletín y arrellenándose en el guardacantón de piedra que le servía de asiento, continuó la lectura.

El capítulo que estaba leyendo, mostraba ya a su héroe fuera de peligro, burlando a la policía y presentándose como un pollo pera en las reuniones del gran mundo, donde había mujeres hermosas, aventuras de amor, música, etc.

Enfrascada en la lectura, no se dió cuenta de que Polo había avanzado hasta situarse

detrás de ella, pudiendo, por lo tanto, leer cómodamente el capítulo de la novela. Sonrió nuestro héroe y la dijo, adoptando un aire misterioso:

—Escucha, niña... te voy a revelar un secreto sensacional, si me prometes guardar el silencio más absoluto.

—Sí, se lo prometo... hable, señor Eddy, que seré una tumba de las más mudas.

—Pues bien, aun cuando todos me toman por Polo, yo soy Satubal, el héroe de tu novela de folletín... las que lees son mis propias aventuras, que yo se las cuento al escritor...

—Pues yo, como quizás usted ya sabe, soy Nelly, la hermana del terrible Charles, el terror de la "Taberna de la Urraca Bizca".

—No pasarán muchos días sin que oigas hablar de mí en la taberna, pues entiendo que una de mis próximas aventuras tendrá allí varias de sus escenas más moviditas.

—¿De veras? — exclamó maravillada Nelly—. ¡Pues eso sí que será emocionante asistir a una aventura real, sin necesidad de tener que leerla en el folletín!

Despidióse Polo de la romántica jovencita, que continuó abstraída en su lectura y encaminóse a su casa, situada en el barrio aristocrático de la ciudad.

En una de las casas de más bella arquitectura, vivía una mujer a la que su excentrici-



¡Quiso Magdalena acompañarle en la aventura.

dad había rodeado de una aureola de modernismo y frivolidad. Era ella Magdalena de Greitz, una hermosa mujer, divorciada desde hacía poco más de un año y que se hallaba continuamente rodeada de pretendientes. Era uno de ellos, y distinguíase por su terquedad, George Clarens, que se había propuesto casarse con ella, aun cuando la caprichosa damita no sentía por él la llamada devoradora del amor.

Menudeaban las visitas del galán a la da-

ma, pero la conversación se desarrollaba invariablemente bajo este diálogo:

—No puedo soportar por más tiempo su desvío, Magdalena... bien sabe usted que sólo a mi lado puede ser feliz; estos caprichos serán leyes; recorreremos el mundo en perpetuo idilio y, de Polo a Sur, los más bellos paisajes serán testigos de nuestra pasión abrasadora...

Mas Magdalena le respondía casi invariablemente en la misma forma:

—Ya no sé cómo puede usted encontrar palabras que le permitan reflejar su amor. Afortunadamente, tiene usted mucho de literato y bastante de poeta y siempre la flor de la lisonja florece en sus labios...

—Dígame entonces ¿qué he de hacer para poder llamarla mía, para poder estrecharla en mis brazos, para cubrirla de besos ardorosos, para dejar que palpite de amor y deseo este corazón que tanto amor atesora?... medite que ha sido usted hecha para el amor, que sólo amando puede usted ser feliz y que su cuerpo y su alma deben sentir las sensaciones divinas de la pasión... de lo contrario, ¿para qué quiere usted su belleza, la tersura de su piel, el encanto de su cuerpo de diosa... esas bellezas que son una tentación para el que sabe gozar y hacer gozar...?

—Por Dios, no continúe usted por este camino, que ya sé que lo más bello de la

existencia es el amor..., pero yo necesito un hombre que me haga sentir las más originales emociones... tengo una sed terrible de aventuras, de algo que rompa la monotonía de la vida y me haga correr hacia un mundo de ilusión.

—Pues bien, ya que estos son sus deseos, yo le aseguro que la llenaré a usted de aventuras y que quedará usted saciada en sus deseos...

Estas palabras las pronunció Georges con vivo despecho, y pidiendo a una sirvienta su sombrero y su bastón, salió del jardín de la casa de Magdalena, jurándose a sí mismo vencer la obstinada resistencia de aquella mujer, aun cuando fuera a costa de su vida.

Al llegar a su casa, dirigióse en ademán descompuesto hacia su despacho y requiriendo el recado de escribir, dejó redactada una carta dirigida a su amigo Eddy Polo. Minutos después salía nuevamente y se dirigía al embarcadero.

Mas, los criados, a los que no había dejado de llamar la atención la forma extraña de obrar de su dueño, se dirigieron al despacho y hallaron encima de la mesa un sobre que decía:

"A mi amigo Eddy Polo."

Sospechando que la carta podía contener la clave de la decisión que hubiera podido

tomar Georges, llamaron por teléfono a Polo, que se puso al aparato inmediatamente:

—Nuestro amo ha desaparecido, dejando encima de la mesa una carta para usted... Venga cuanto antes, y al abrirla sabremos lo que ha sido del señorito...

—No es necesario—contestóles Polo—, ya la podéis abrir; tenéis mi autorización; leedme la por el aparato, y así, a una, nos enteraremos todos de su contenido.

Así lo hicieron los criados y Polo se enteró de lo siguiente:

“Magdalena me ha despreciado porque sueña con un hombre que la proporcione emociones; por lo tanto, sólo me resta matarme en aquella deliciosa isla del lago, donde con ella pasé ratos tan inolvidables.”

—Muy bien—dijo Polo—, no necesito saber más.

...y nuestro querido atleta, siguiendo el rasgo generoso de su corazón, corrió a la cuadra y saltando sobre el lomo de su mejor caballo, que ya estaba ensillado para su paseo matinal, salió a galope hacia la orilla del lago. Allí tomó un bote y remando con toda la fuerza de sus atléticos brazos, se encontró en la isla a los pocos minutos.

También los criados quisieron volar hacia la isla y se prepararon para correr en auxilio de su amo, tomando un canot automóvil, con el que cruzaron el lago a toda velocidad. Am-

bos grupos de salvadores casi llegaron a un mismo tiempo. En el momento en que Polo saltaba del bote divisó a un hombre de espaldas que, con el revólver en la mano, trataba de poner fin a su vida en un raptó de desesperación. De un brinco se colocó nuestro atleta detrás del presunto suicida y le arrebató el arma, diciéndole al mismo tiempo con energía:

—¿Pero es que te has vuelto loco...?

—¿Ah! ¿eres tú?—decía con voz débil por la emoción el suicida frustrado.

—Sí, yo, tu amigo Polo—dijo éste; y luego le preguntó:

—¿Pero por qué razón pretendías quitarte la vida...?

—Magdalena quería un hombre que la proporcionara emociones y ¿cuál la podía yo ofrecer, que fuera más terrible que ésta...?

En este momento llegaron los criados, pues a pesar de llevar motor en el canot, no habían podido competir en velocidad con la que, sólo con los remos, dió Polo a su bote...

La escena les impresionó vivamente, pero se situaron a respetuosa distancia, dejando a los dos amigos que siguieran conversando. Sólo demostraron alegría al ver que Polo ya le había arrebatado a Clarens el arma homicida.

El atleta continuó diciendo a su amigo:

—Es decir, que eres lo suficiente necio

para perder la vida, que no te pertenece, pues es de Dios que te la dió en aras de una mujer excéntrica, que hubiera hecho de tu suicidio el mejor de los reclamos para su vida de lujo y ostentación. Créeme, amigo Clarens, que la existencia es un don precioso, que sólo recibimos en depósito y que debemos conservar.

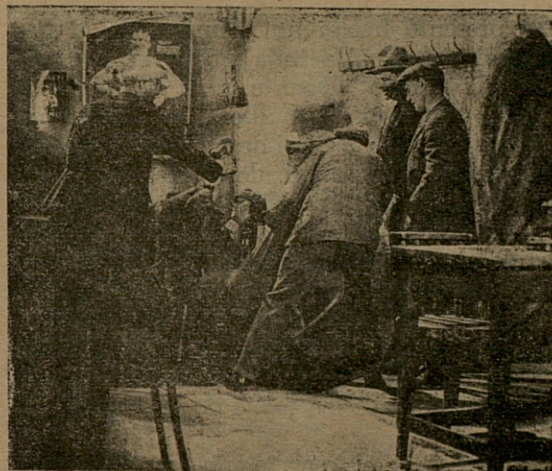
—Tienes razón, Polo—dijo Clarens, vencido por la lógica que brillaba en las palabras de su amigo.

Luego, para darle a entender su agradecimiento, le dijo:

—Yo te suponía sólo un hombre de deportes, de aventuras y de puños; pero veo, amigo Polo, que tú también dominas el campo de la filosofía y sabes dar a mi entendimiento motivo de pensamientos que me hacen ver lo estúpido de mi conducta...

—No eres tan culpable como todo esto; lo que te ha ocurrido a ti es que esa mujer se ha adueñado de tu libre albedrío, y todas tus facultades han quedado dominadas por un pensamiento único: conseguir que ella te ame con locura, sin fijarte en los procedimientos de que habías de servirte para lograrlo.

Polo acompañó hasta su casa al joven Clarens, y los criados emprendieron el camino del regreso, haciendo animados comentarios sobre el funesto desenlace que hubiera po-



Principió la lucha.

dido tener la escena, de no haber llegado a tiempo el valeroso y decidido Polo.

Por la noche de aquel mismo día, Polo quiso poner en práctica un plan audaz que había concebido para vengar a su amigo y demostrar de paso a la excéntrica dama que con él no podían los dardos de Cupido, pues si era fuerte de cuerpo, más lo era de espíritu para poder resistir a la fiebre de una pasión amorosa.

Nuestro aventurero amigo vistióse de frac

y se presentó hecho un "dandy" en el lujoso cabaret, donde cada noche se congregaba el público elegante para admirar la fastuosa "Revista del Follies", en la que las mujeres vestidas o semi-desnudas, lucían su hermosura provocativa de veras. Naturalmente, siendo un espectáculo del mundo elegante y reinando allí la alegría y corriendo ríos de champaña, no podía faltar la excéntrica Magdalena, que lucía un collar de perlas de valor tan fantástico, que era una verdadera tentación para los amigos de lo ajeno... que nunca faltan en los cabarets y teatros, ávidos de obtener las joyas de las vanidosas damas.

Al terminar el espectáculo, y cuando la divina Magdalena, que había sido objeto de una admiración tan entusiasta, por lo menos como la que habían despertado las artistas, se dirigía a tomar su auto, no pudo advertir que el chófer del suyo, era nada menos que Eddy Polo, que de una trompada había dejado sin sentido al verdadero, y que la abría la portezuela, procurando no ser reconocido.

Instantes después, el auto se deslizaba vertiginoso por las calles de la ciudad alta, tomando el camino de los barrios bajos, hacia donde Polo la conducía. No tardó mucho en observarlo la bella viajera, que exclamó:

—Pero, Chófer, por Dios, ¡qué camino más raro tomas hoy para llevarme a casa...!

Al volver la cabeza el interpelado, se dio cuenta Magdalena de que era Polo quien llevaba el volante y quedó maravillada y confusa:

—¿Se trata de una broma, acaso?—dijo ella sin poder disimular la contrariedad que la producía el hallarse a merced de Polo.

—No—replicó éste—, es que ahora va usted a ver saciada de una vez su sed de aventuras emocionantes...

—¡Ah! — dijo secamente. Y advirtiendo que nada lograría con protestar, se refugió en el fondo del coche que empezaba a dar vueltas y más vueltas, doblando las esquinas de las angostas callejuelas del barrio pobre.

Por fin Polo detuvo el coche y tomando a Magdalena del brazo la ayudó a descender.

Se hallaban frente a la única y estrecha puerta de entrada de la famosa taberna "La Urraca Bizca", centro de reunión del hampa más peligrosa. Polo sintió cómo temblaba el brazo de Magdalena y sonrió satisfecho de su estratagema, pensando que en cierta forma iba a poder vengarse de la mujer caprichosa que, por poco, cuesta la vida a uno de sus amigos. Así era Polo de generoso, y este era uno de sus rasgos más meritorios.

Franquearon la puerta y dijo Magdalena:

—¿Pero una mujer como yo, debe entrar en ese antro, donde tal vez nos espera algo desagradable...?

—Pase y no se preocupe, que tal vez no seamos los primeros que han desaparecido para siempre, después de cruzar este umbral...

Estas palabras produjeron enorme impresión en el alma de Magdalena, que no obstante y sintiéndose dominada por Polo, entró y se propuso demostrar la serenidad que estaba tan distante de su ánimo apocado.

Allí, en la taberna, se hallaba el terrible Charles, hermano de Nelly, la encantadora niña, amante de la lectura de novelas emocionantes y folletines truculentos. Polo y Magdalena se instalaron en una mesa y el joven atleta pidió las mejores botellas de la casa. Se las sirvieron y, después de apurar unas copas, Magdalena ya se sentía más valerosa, atreviéndose a decir:

—¿Y esto es todo lo que ha de emocionarme...?

—Espere—replicó Polo—, que de un momento a otro, y cuando mayor es la calma, surge en estos lugares la tragedia inevitable.

En efecto, de pronto saltó en mitad de la sala Charles, con su tipo de apache clásico, su gorrita, sus patillas negras y espesas, su mirar de fiera, sus ademanes desafiadores... Sacó un cuchillo de grandes dimensiones y gritó como una feroz alimaña:

—¡Quiero saber dónde está Nelly! El que

lo sepa que lo diga o le sacaré el corazón con la punta de mi cuchillo!

Dura era la amenaza y capaz de llevarla a cabo aquel que la profería, por lo que de pronto, y temiendo alguien que la llevara a la práctica, apagó de un silletazo la luz central y la sala quedó en la obscuridad, empujando en las sombras una lucha sin cuartel. Sangre y vino chorreaban de las mesas al suelo, y la tragedia, en la obscuridad, era de la más sombría y feroz que imaginarse pueda el lector.

Polo llevaba de la mano a Magdalena, y conocedor del lugar, fué deslizándose cautelosamente junto a la pared, mientras vasos, copas y botellas, se estrellaban contra las cabezas, las sillas y la pared, dando al momento la trágica incertidumbre de ser alcanzados por alguno de los proyectiles, que los contendientes se disparaban con saña inaudita.

Magdalena jadeaba y clavaba sus uñas en las carnes de Polo, temerosa de que éste se escapara o se desasiese de ella y la dejara abandonada en aquel infierno de peligros y horrores... Por fin llegaron a vislumbrar la

luz de la calle, que les sirvió de preciosa orientación, y pisando a algunos de los caídos, llegaron a sentir en sus rostros el aire fresco del exterior. ¡Estaban salvados...! Magdalena respiró con fuerza el aire fresco de la noche y echó a correr, seguida de Polo, que en vano podía disimular las ganas de reír que le producía el pánico de la amante de las fuertes aventuras...

—¿Qué le pasa a mi excéntrica dama...? —preguntó con aire socarrón el simpático Polo.

—Nada, que estoy sofocada por el esfuerzo realizado al salir, pero, miedo, le aseguro a usted que no lo he sentido...

—No la creo a usted, pero como que soy galante, he de decirle una cosa: tal vez dentro de pocas horas, alguno de los esbirros de la "Taberna de la Urraca", que ha visto su collar, se las ingenie de manera para apoderarse de él, sea como fuere... y son gente que no les importa cortar el pescuezo para acabar antes y adueñarse de lo que les interesa.

—¿Trata usted de asustarme nuevamente...?



...empezando en las sombras una lucha sin cuartel.

—No—replicó Polo—, se trata solamente de una advertencia leal, que no debe usted despreciar... ¡esa gente son el mismo diablo!...

—Bien, pues no echaré en olvido sus advertencias, aun cuando creo que en este momento es usted el que demuestra tener miedo de que me roben.

—¡El tiempo dirá, hermosa Magdalena— replicó Polo—, cuál de los dos tenía razón...!

Despidióse Polo de su forzada compañera de aquella noche, y satisfecho de la lección que le había dado, aun cuando fueran muchos los peligros corridos, se dirigió hacia su casa.

Al llegar Magdalena a su casa, halló en ella a sus amigos Clarens y Susana, que la esperaban con visibles muestras de impaciencia en sus rostros.

—Pero ¿qué te ha ocurrido?—le preguntaron ambos a una.

—Nada, que ese famoso Eddy Polo ha tenido la ocurrencia de vestir a unos cuantos comparsas de apache y me ha dado la gran broma, en una taberna de los barrios bajos...

—Pues a mí me parece—dijo Clarens—que no eran comparsas y sí terribles apaches, pues Polo no los teme en la realidad y cara a cara, ya que es mucho su valor.

También Susana tomó la palabra para decirle en tono burlón:

—Lo que yo me figuro, mi querida Magdalena, es que has pasado un susto mayúsculo y que para disimular, achacas a Polo una broma que te ha costado una emoción inolvidable...

—Podéis pensar lo que queráis; pero yo os digo de una manera formal, que desafío a Polo y a todos los amigos vuestros, a que logren que yo sienta una impresión de pánico como la que suponéis he sufrido en aquella taberna de guardarropía...

Magdalena mentía; pero su amor propio le impedía confesar que, en realidad, había sentido un miedo atroz. De ahí que tratara de achacar a una broma a Polo lo que había sido extraordinariamente real.

A la mañana siguiente, al llegar Polo a su casa después de una noche invertida en no sé qué extraños manejos, que luego conoceremos por el resultado que darán en forma de aventuras aún más extraordinarias que las corridas por Magdalena en la famosa taberna "La Urraca Bizna", fué recibido por los criados con evidentes muestras de extrañeza. Su fiel ayuda de cámara le mostró un periódico en el que se daba cuenta de la reyerta acaecida en la taberna, y en la reseña se daba como seguro que todos los que se hallaban en el interior de la taberna habían resultado muertos o heridos...

Pero Polo, sonriente, les contestó:

—Sí que estoy muerto, amigos míos... pero es de hambre...

Inmediatamente le fué servido a nuestro amigo un frugal desayuno, al que hizo cumplido honor, despachando las succulentas viandas con una rapidez pasmosa, a lo que, por otra parte, ya estaban acostumbrados sus sirvientes...

Después de haber satisfecho su estómago, que protestaba de la carencia de alimentos, Polo tomó unos instantes de descanso y leyó en la prensa el resultado de la reyerta ocurrida en la taberna de "La Urraca Bizca", pensando que también aquella vez había escapado milagrosamente.

Uno de los rateros habituales de la taberna habíase montado en la trasera del auto que la conducía a su casa y así pudo saber en dónde vivía la dama propietaria del famoso collar. Ya tenía el salteador la primera parte de su plan en marcha y se había prometido esperar la siguiente noche para dar con su valiosa presa y convertirla rápidamente en metálico contante y sonante.

En tanto, en casa de Magdalena, bajo la apariencia de una paz deliciosa, reinaba una

intranquilidad manifiesta. Con ella se encontraba su amiguita Susana, que la había prometido pasar la noche en su compañía para distraerla de sus temores. También se hallaba allí el imprescindible Clarens, siempre dispuesto a actuar de héroe... donde no hubiera peligro.

El día transcurrió sin contratiempo digno de mención, y a la caída de la tarde armóse la tertulia en la terraza que recaía sobre el jardín de la suntuosa morada de Magdalena, un bello palacio que acreditaba el buen gusto de su propietaria.

A medida que avanzaban las sombras de la noche, se acentuaba la impresión de zozobra en todos los semblantes. Clarens, que se hallaba de espaldas al jardín, volvía con frecuencia la cabeza, al más leve rumor que producían las ramas al chocar entre sí.

Susana exclamó:

—Esta noche tiene algo de misterioso; flota en el ambiente como un presentimiento trágico...

Clarens, haciendo el veleroso, le contestó:

—¿Pero acaso no estoy yo aquí para salir

en defensa de tan bellas damas, por las que daría gustoso la vida si se terciara...?

En aquel momento, el gigantesco dogo alemán que guardaba la entrada del jardín, empezó a ladrar furiosamente, alterando los nervios de los contertulios...

Magdalena declaró, sorprendida:

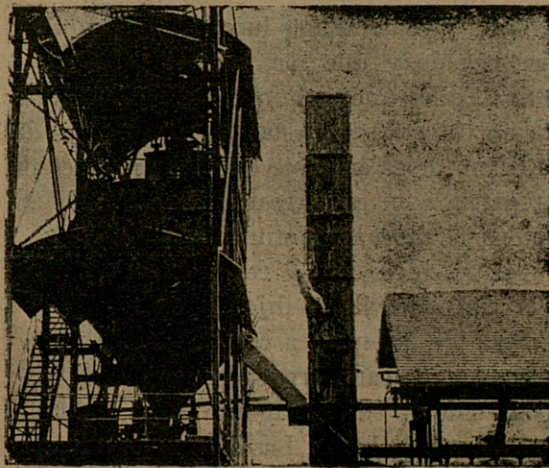
—Pero es raro: este perro nunca ladra con tanta rabia... ¿qué debe haber visto para enfurecerse así...?

Cierto era que el perro había visto algo... Había visto a Polo, que de un salto había salvado la valla de setos y se hallaba dentro del jardín, dispuesto a seguir la broma que se había propuesto para asustar a la famosa Magdalena, tan ávida de emociones... días antes de haber corrido la aventura de la taberna...

Logró Polo aplacar la rabia del perro haciéndole caricias, y el rumor de los pasos de nuestro amigo volvió a alarmar a las damas.

Clarens creyó llegado el momento de desempeñar su papel de héroe y dijo:

—Tal vez haya entrado un ladrón y hora es ya de que salgamos de dudas para tranquilizarlas a ustedes.



Polo salvando los obstáculos, para asustar a Magdalena.

Y dando a su gesto todo el empaque de un mosquetero, salió hacia el lugar más frondoso del jardín, que era precisamente de donde habían partido los ruidos. Allí le aguardaba una sorpresa:

Sintió que una mano robusta le sujetaba, y al divisar la cara de su agresor, exclamó:

—¡Ah! ¿De modo que eres tú, amigo Polo...?

—Sí, y dejare que te luzcas... Diles que me has pegado y que me he visto obligado a huir... diles que era un ladrón vulgar, que ya no volverá a molestarlas, pero no me delates, no dejes entrever que era yo, pues mi presencia aquí es necesaria para dar a Magdalena la última y definitiva lección.

—Pues bien, voy a representar mi papel a las mil maravillas—dijo Clarens.

Salió de la espesura con la corbata deshecha, la americana arrugada, en fin, todo él denotando en su aspecto que había sostenido una tremenda lucha. Las damas, al verle, tuvieron una gran sorpresa, y ya se disponían a retirarse al interior de la casa, cuando él las tranquilizó diciendo:

—Nada temáis, era un ladrón, sí, había entrado un ladrón, pero yo, que no me arredro por nada, le he dado ya su merecido con los puños...

—Muy bien—exclamó Susana, entusiasmada—; es usted un héroe...

—¿Pues qué se figuraba?—replicó Clarens...

—Me encantan la saventuras así, caballerescas, dijo Magdalena.

—Cuéntanos más detalles de tu odisea en la "Taberna de la Urraca"—exige Susana con un gesto de niña mimada, que quiere le refieran un cuento.

—No quiero—dijo Magdalena—, pues el solo recuerdo de los horrores y de las fachas patibularias que allí hubé de contemplar, me han causado tanta impresión, que no quiero acordarme...

—¿Pero no juzga usted, Magdalena, que podría ser muy probable que la policía la llame a usted a declarar, si sabe que usted fué testigo presencial de la reyerta que allí tuvo lugar y de la que resultó un muerto y numerosos heridos...?

—No he dejado de pensar en este detalle, que en verdad, me haría poca gracia ver mi nombre mezclado a un asunto de apaches...

—No dejaría de ser novelesco—dijo Susana riendo...

—Estoy observando—dijo Magdalena—, que cuando yo empiezo a curarme casi de mi fiebre de exóticas aventuras, tú sigues adorándolas y vas tomando mi papel de gozadora de la vida...

—¿Y no os parece—dijo Clarens—, que

ya es hora de que cada cual se retire a sus habitaciones...? están para dar las doce...

—Una hora siempre trágica y misteriosa, esa de las doce—exclamó Susana.

—No te preocupes — dijo Magdalena—. Los novelistas le han dado este carácter con sus narraciones, fantásticas en extremo, y siempre inverosímiles...

—Pues podría suceder—dijo Clarens, dando a sus palabras un tono grave—, que esta noche, la realidad superara en esta misma casa, a las novelas más disparatadas...

Magdalena se creyó en el caso de hacer honor a su fama de mujer a la moderna, y replicó:

—No me desagradaría; pues yo, a pesar de cuanto ha ocurrido, sigo siendo la misma incorregible buscadora de sensaciones...

Cesó la conversación y, con los saludos de rigor, retiróse cada cual a su habitación, cesando al poco tiempo todo ruido en la casa. Sólo en el jardín, el ir y venir del perro, dejaba oír sus leves pisadas en la arena.

Al sonar las doce, una sombra salió de la espesura del jardín, cruzó la terraza y, por el entreabierto balcón, penetró en al habita-



...entre los dos hombres principió una lucha terrible.

ción de Magdalena. Polo que había seguido oculto en el jardín, la divisó y echó a andar tras el desconocido. Igualmente penetró Polo en la habitación y, cuando el ladrón se dirigía hacia el tocador en uno de cuyos cajones estaba el valioso collar, se le echó encima y entre los dos hombres empezó una lucha terrible. Despertó Magdalena sobresaltada, y sin poder salir ni pedir auxilio, pues la voz expi-

raba en su garganta, hubo de presenciar la espantosa pelea a golpes, silletazos y a brazo partido, que los dos hombres sostenían...

Si fuerte era el ladrón, al que ya supondrán los lectores uno de los habituales concurrentes a la "Taberna de la Urraca", Polo era, sin embargo, más fuerte y más diestro en la lucha, y al poco rato lo dejó inmóvil en el suelo... Ya era tiempo, pues el ladrón había logrado esconder en uno de los bolsillos de su americana el preciado collar.

Atraídos por el ruido, llegaron a la habitación Susana y Clarens en el instante en que Polo entregaba a Magdalena el collar recuperado y la decía:

—Señora adoradora de las aventuras, aquí tiene usted su collar... supongo que esta vez ya habrá usted quedado saciada de emociones...

—Me considero vencida—exclamó Magdalena—y no quiero morir, con tanto susto, de un ataque al corazón...

—El corazón debes guardarlo únicamente para el amor—dijo Clarens.

—Tienes razón — contestó Magdalena—; desde hoy te trataré de muy diversa manera

y dejaré de ser una excéntrica, para vivir únicamente como una novia honesta... como tu novia, oyes, ¿oyes Clarens...?

—Estupendo—dijo Polo— al menos estas aventuras han servido para que dos que se amaban y no se comprendían puedan ser felices...

Y añadió:

—¡Si ahora tuviera ante mí el banquete de boda!

FIN

COLECCION VD. LAS NOVELAS DE GRAN ÉXITO DE AUTOS RUOS

Ediciones Biblioteca Films a UNA pta.

LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA,
por Brigitte Helm.

RASPUTIN, Wladimir Gaidaroff.

LA ULTIMA ORDEN, Emil Jannings.

Selección de Biblioteca Films a 50 cts.

RUSIA, Wladimir Gaidaroff.

EL DIAMANTE DEL ZAR, Ivan Petrovich.

LOS HUSARES DE LA REINA, Billie Dove.

LA MARCHA NUPCIAL, Eric Von Stroheim.

CZAREVICH, Ivan Petrovich.

ADORACION, Antonio Moreno.

NOCHE DE PRINCIPES, Gina Manes.

Selección de Films de Amor a 50 cts.

LOS CADETES DEL ZAR, Conway Tearle.

RESURRECCION, Dolores del Río.

LA MUJER DE MOSCOU, Pola Negri.

LA CANCION DEL COSACO, Hans Adalbert Schetow.

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remítir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.

36 776

Tarjetas postales al Bromuro y esmaltadas

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2'50 pesetas colección

Serie A

Clara Bow
Sue Carol
Dolores del Río
Janet Gaynor
María Casajuaña
Ramón Novarro
Charles Farrell
George O'Brien
John Gilbert
Charles Morton

Serie B

Tom Mix
Tom Tyler
Charles Jones
Hoot Gibson
Fred Thomson
Rex Bell
Buffalo Bill
Fred Humes
Chiquilín
Chispita

Serie C

Greta Garbo
Gloria Swanson
Lillian Roth
Vilma Banky
Mary-Douglas
Rodolfo Valentino
Nils Asther
Adolfo Menjou
Richard Dix
Gary Cooper

Serie D

Los diez más sugestivos besos
por los artistas más simpáticos

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. 2'50 pesetas colección

EL DESFILE DEL AMOR . M. Chevalier
EL ARCA DE NOE . . . Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO . Douglas Fairbanks
BEN-HUR Ramón Novarro
LOS CUATRO DIABLOS . . Janet Gaynor

NO SE VENDEN POSTALES SUELTAS

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.